

# Thompson en el cenote sagrado

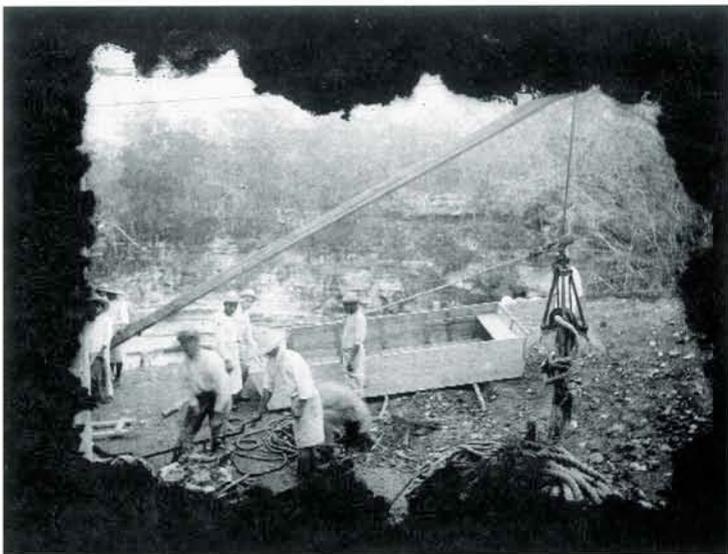
*Jesse Lerner*

**E**dward Herbert Thompson, que no debe ser confundido con Sir Eric J., con quien comparte el apellido, ha pasado mercedamente por las crónicas de la arqueología maya con una mala reputación. Él celebró sus propias hazañas arqueológicas en su libro autobiográfico *People of the Serpent*, y fue retado por T.A. Willard, excéntrico heredero (y entusiasta de todo lo maya), en su popular tratado *The City of the Sacred Well*, pero hoy su rol está inevitablemente ligado con la locura documentada en la Fototeca Pedro Guerra.<sup>1</sup> Thompson es, de hecho, emblemático de la época más abiertamente depredadora, donde la excavación iba mano a mano con el saqueo, el espionaje y el imperialismo. La suya es la arqueología del Destino Manifiesto, donde el científico podía funcionar como explorador para la incursión militar que seguiría, y donde la meta del trabajo de campo no era el conocimiento sino el botín.

Como sus predecesores John Lloyd Stephens, Ephraim George Squier, Porter Bliss y Louis J. Aymé, Thompson usaba la diplomacia como vehículo para alcanzar sus intereses arqueológicos. En 1885, a la edad de 25 años, con la ayuda del senador de Massachusetts, George Hoar, y el aliento de Stephen Salisbury III y Charles P. Bowditch, ambos miembros de la Sociedad Americana de Anticuarios, el presidente Grover Cleveland lo nombró cónsul de los Estados Unidos en Yucatán. Su joven esposa *yankee* pronto regresó a Nueva Inglaterra, pero él permaneció en Yucatán estudiando el maya. Tomó sus propias labores arqueológicas y antropológicas con mucha más seriedad que su trabajo diplomático. Fue iniciado en una secta religiosa sincrética maya, se casó con una indígena y formó una familia mestiza. Cuando Frederick Putnam, del Museo Peabody, le comisionó reunir material para exhibir en la Exposición Colombina de 1893, Thompson exportó moldes de yeso de antiguas construcciones arquitectónicas relevantes de Uxmal y Labná, para ser mostradas en la Exposición Midway de Chicago. En Chichén Itzá, sin embargo, Thompson no solamente hizo moldes y excavaciones, también compró el sitio, con pirámide y cenote incluidos. La exposición de Chicago llamó la atención



PGA, *En el cenote sagrado, Chichén Itzá, 1904-1911*. Col. FCA-UADY



PGA, Chichén Itzá, 1904-1911. Col. FCA-UAM

de la heredera Allison Armour, quien ayudó financieramente para que Thompson comprara las ruinas. Allí vivió durante las décadas siguientes.

Aunque la mayoría del Archivo Guerra consiste en retratos –típicos documentos frontales sin ningún tipo de comentario editorial–, también hay muchas fotografías de algunos eventos notables que sucedieron en la península durante el periodo en que el estudio estuvo activo. De estos eventos el más infame es el dragado del cenote sagrado de Chichén Itzá por parte de Edward Thompson, labor que definió posteriormente su carrera como arqueólogo. Thompson había leído los relatos de Diego de Landa sobre los sacrificios en el cenote en *Relación de las cosas de Yucatán*, un manuscrito que había sido redescubierto en un archivo español y reeditado por el abad Brasseur de Bourbourg en 1883. La narración del obispo De Landa, sobre los sacrificios humanos en el cenote, llamaron la atención de Thompson y lo llevaron a buscar tesoros bajo la superficie del agua. Era un sitio que ofrecía grandes dificultades para el arqueólogo submarino, muchos años antes de la invención de los aparatos de buceo *Scuba*. Aunque el cenote no es especialmente profundo, el fondo estaba cubierto por siglos de ciénaga. Thompson dedujo que muchos objetos de valor arqueológico debían estar

mezclados con el denso depósito orgánico en el fondo del pozo. Consideró usar molinos de viento para bombear el agua fuera de éste, pero abandonó su plan. Para llegar al fondo contrató a dos buzos griegos dedicados a la recolección de esponja, y él mismo se sumergió en la ciénaga, de muy poca visibilidad. También llevó la grúa y la “cubeta de cáscara de naranja” de dos pies cúbicos y medio presentada aquí. La grúa se usó en varios drenados entre 1904 y 1911.<sup>2</sup> Su técnica era simple, fundada en la fuerza invasiva y la tecnología de la era industrial, aparentemente ignorante de la fragilidad de los artefactos que yacían en la profundidad:

Dudo que alguien pueda entender la emoción que senti cuando, con cuatro hombres en los manubrios de la grúa y uno en el freno, el drenador, con sus mandíbulas de acero bien abiertas, saltó de la plataforma, se detuvo por un momento en el aire sobre el pozo oscuro y, con un giro largo hacia abajo, entró en las inmóviles y oscuras aguas, hundiéndose suavemente en su búsqueda. Unos pocos momentos de espera para permitir que los afilados dientes mordieran el depósito, y luego las formas de los trabajadores dobladas sobre los manubrios de la grúa y sus múscu-

los bajo la piel morena oscura comenzaron rápidamente a moverse justo cuando los cables de acero se tensaban por el peso de la carga que surgía.<sup>3</sup>

Obviamente, este proceso podía destruir cerámica frágil y otros objetos. Thompson escribió: “la mayoría de los objetos fueron recuperados en fragmentos. Probablemente fueron ofrendas que se rompieron antes de ser tiradas al pozo, como un acto ritual llevado a cabo por los



Autor no identificado, *Edward H. Thompson y su guía nativo*, ca. 1895, tomada de Melissa Banta y Curtis M. Hinsley, *From Site to Sight*, Cambridge, Massachusetts, Peabody Museum Press, 1986

sacerdotes”.<sup>4</sup> Los huesos humanos recuperados durante el drenaje pusieron su imaginación a trabajar. De los restos femeninos, Thompson le dijo a Willard:

La imaginación amable, sin ningún esfuerzo, cubrió los huesos desnudos con carne y sustancia, para que uno viera instantáneamente la señorita graciosa, adorable y bien nutrida, y el último acto solemne que había puesto a descansar a la pobre niña en su finura, dejándola hundirse en la densidad del fondo de este pozo terrible.<sup>5</sup>

Los huesos masculinos, creía Thompson, revelaban una crianza distinta:

Algunos son relativamente grandes, sólidos, con superficies protuberantes, frentes sumidas y quijadas prògnatas. Evidentemente sus dueños eran feroces, primitivos, casi como gorilas, no la misma raza que crió a las novias-niña del dios de la lluvia. De nuevo esto comprueba la tradición de que los guerreros que se sacrificaban eran prisioneros.<sup>6</sup>

Mucha de la controversia alrededor de la carrera de Thompson se centra en el destino de más-

caras, cuchillos, cascabeles y otros objetos que él recuperó del cenote. A pesar de que la ley de 1823 prohibía la exportación de objetos arqueológicos, Thompson llevó ilegalmente los objetos a Massachusetts, donde se integraron a la colección del museo Peabody de Harvard. Cuando en 1923 Alma Reed publicó el relato de esta transgresión en el *New York Times*, el hecho causó gran indignación. Las revelaciones pusieron en peligro las negociaciones que en

ese momento tramitaba el Instituto Carnegie para llevar a cabo excavaciones y restauraciones en el sitio, ya que la reputación de los arqueólogos gringos se había manchado y eran considerados indignos de confianza por saqueadores. El gobierno mexicano, que había valuado los objetos en medio millón de dólares de 1926, demandó legalmente a Thompson. Finalmente, Thompson fue absuelto, pero el Peabody regresó la mayoría de los objetos robados en 1957.

Aunque Thompson es emblemático de la escuela de arqueología del siglo XIX que Curtis Hinsley ha definido como “una empresa de adquisición imperial”,<sup>7</sup> su carrera se extendió mucho más allá. Su drenado del cenote coincidió con la primera visita de Sylvanus Morley a Yucatán en 1907, y Morley, de hecho, le ayudó con la subrepticia transportación de objetos a Cambridge.<sup>8</sup> Pero para cuando Morley tomó la dirección de las excavaciones del Carnegie, otra fase de la arqueología mexicana había comenzado: basada en la colaboración binacional, y no en las iniciativas individuales. En los últimos años de su vida, Thompson convivió con aquella subsecuente generación de arqueólogos que trabajaron en Chichén, pero nunca se les unió. Sus últimos años



PGA, Chichén Itzá, 1904-1911. Col. ICA-UMAY



PGA, Chichén Itzá, 1904-1911. Col. ICA-UMAY

allí fueron caracterizados por esta extraña coexistencia, y por varios contratiempos personales. En 1921, en el caos de la revolución peninsular, la Casa Principal de Thompson fue quemada por la tropa de Huerta. El Instituto Carnegie financió las reparaciones, y le pagó un estipendio de 1 200 dólares americanos anuales por hacer uso de la propiedad. Cuando Thompson dejó de pagar los impuestos de nuevo puso en peligro la continuación de las excavaciones, y el Carnegie intervino nuevamente para pagar su extraordinaria deuda.

El drenado de Thompson no fue la última maquinaria arqueológica pesada en invadir el pozo sagrado del dios Chac. En 1960 la National Geographic Society y el Club de Exploradores y Deportes Acuáticos de México (CEDAM) colaboraron en un proyecto que bombeaba agua, lodo y artefactos del cenote en un géiser arqueológico enorme, que después regaba los depósitos sobre redes diseñadas para retener las piezas fragmen-

tadas. Esta regadera de artefactos mayas fue orgullosamente documentada en la revista *National Geographic* y en un programa de televisión titulado *Expedición dentro del pozo sagrado*.<sup>9</sup> La preocupación por el daño infligido a estos frágiles objetos detuvo este surrealista proyecto. En 1967 la CEDAM regresó con planes, primero, para drenar, y cuando esto fracasó, para agregar cloro al agua del pozo de Chichén.<sup>10</sup> Estos son los últimos herederos del proyecto de Thompson, arqueólogos que muy probablemente destruyeron tanto como lo que descubrieron. Thompson se sumergió en el pasado maya con equipo más indicado para la minería que para la recuperación de objetos frágiles de siglos de antigüedad. Thompson emergió con un cuento, glorificándose a sí mismo, del cual las fotografías de Guerra son testigo mudo.

Traducción: Ernesto Priego

<sup>1</sup> Edward Herbert Thompson, *People of the Serpent*, Nueva York, Capricorn Books, 1932; T. A. Willard, *The City of the Sacred Well*, Londres, William Heinemann, 1926.

<sup>2</sup> Para mayor información sobre esto véase Luis Ramírez Aznar, *El saqueo del cenote sagrado de Chichén Itzá*, Mérida, Editorial Dante, 1990; Clemency Coggins y Orrin C. Shane III, *Maya Treasures from the Sacred Well at Chichen Itza*, Austin, University of Texas Press, 1984; M. Robert Ewing, *A History of Archaeological Activity at Chichen Itza, Yucatán, Mexico*, Ann Arbor, UMI, 1972.

<sup>3</sup> E. H. Thompson, *op. cit.*

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> T. A. Willard, *op. cit.*, p. 115.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Curtis M. Hinsley, "In Search of the New World Classical," en Elizabeth Hill Boone, ed., *Collecting the Pre-Columbian Past*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1993, p. 118.

<sup>8</sup> Se sugiere así en Robert Brunhaus, *Sylvanus G. Morley and the World of the Ancient Mayas*, Norman, University of Oklahoma Press, 1971, p. 38.

<sup>9</sup> Eusebio Dávalos Hurtado, "Into the Well of Sacrifice: Return to the Sacred Cenote", *National Geographic*, vol. 120, núm. 4, Washington, octubre, 1961, pp. 540-549; Bates Littlehales, "Into the Well of Sacrifice: Treasure Hunt in the Deep Past", *National Geographic*, vol. 120, núm. 4, Washington, octubre, 1961, pp. 550-561.

<sup>10</sup> Donald Ediger, *The Well of Sacrifice*, Nueva York, Doubleday, 1971.